

SE ALQUILA PIEZA

a persona sola

por: José Zuleta Ortiz

Después de trabajar diecisiete años como cajero en Davivienda a papá lo “arreglaron”. Le dieron una casa que le habían quitado a una señora que no pudo seguir pagando porque la echaron del trabajo. Al principio estábamos muy alegres y había dinero para todo. Me encantaban los salvavidas de Charms: eran unas rueditas de colores y sabores diferentes que venían empacadas en tubitos de papel aluminio. Tenían cierta transparencia como de cristal y cuando uno las metía a la boca era feliz.

Jugaba con ellas metiendo mi lengua entre su hendidura circular o leyendo con la punta las letras del relieve, dejándolas desleírse en la saliva, mirando por los orificios como a través de unos binóculos. Antes de que a papá se le acabara la plata del “arreglo” me regaló una caja con doce tubitos de diez salvavidas y me dijo:

—Oí que los van a sacar del mercado; saborea cada uno porque creo que son los últimos.

Nadie se imagina cuánto cuidé aquel regalo.

Por los días en que a papá se le acabó la plata, mi hermana me llamó para que le ayudara a hacer el cartel que iban a pegar en el vidrio de mi pieza.

Cuando lo estábamos pintando pregunté:

—¿Por qué vamos a dormir los dos en tu cuarto?

—Para poder alquilar el tuyo y con eso pagar mi universidad —respondió.

—¿Y quién va a venir a vivir a mi cuarto?

Contestó que no sabía, pero que ojalá fuera una estudiante.

Cuando llamaron a comer llevamos el cartel para que lo vieran nuestros padres. A mamá le pareció que el cartel tenía

muchos colores y que debía ser más serio. Papá no quiso mirarlo. Dijo que no quería meter a un extraño en casa.

—No se trata de meter un extraño en la casa, se trata de que nuestra hija sea profesional —dijo, ofuscada, y se levantó de la mesa.

Volvimos a hacer el cartel con un lápiz negro. Cuando terminamos lo mostramos a mamá y ella nos indicó que lo pegáramos en la ventana de mi habitación que da a la calle.

Al otro día tocó a la puerta una mujer con una niña de mi edad. Mamá las hizo seguir y habló con la señora; al rato se fueron. Después oí que mamá le decía a mi hermana que había que volver a hacer el cartel; había que añadir: “A persona sola”. Yo pensé que si esa niña vivía en mi cuarto podía jugar conmigo y así no me aburriría tanto. Pero mamá dijo que “dos personas más en la casa ni riesgos”. Mostramos el nuevo cartel y papá dijo que él no quería saber nada de eso, que se lo lleváramos a mamá. A ella le pareció que estaba bien y volvimos a pegarlo en el vidrio de mi ventana.

Al rato tocó una muchacha de tacones y minifalda, con el pelo teñido de rojo. Mi mamá la atendió en la puerta y mi papá salió y se quedó mirándola. Era muy bonita



*¿y quisiera a
venir a vivir en mi
cuarto?*

Ilustración: Mariangela Aponte

pero mamá le dijo que ya la había alquilado. Después comentó: “Qué tal meter una mujer de esas a la casa”.

Por la noche, después de que papá salió a fumar al parque, tocaron a la puerta. Era un hombre como de veinticinco años, alto, que sonreía mucho. Mamá lo hizo seguir y se sentaron en la sala a conversar. Le ofreció café con tostados, mi hermana se sentó con ellos; el hombre no paraba de hablar y de reír. Al rato llegó papá y mamá los presentó. Papá casi ni lo saluda y siguió para el patio de atrás. El hombre pidió el número del teléfono y prometió que llamaría en dos días. Cuando nos sentamos a comer papá habló con mamá sobre el hombre. Dijo que no le gustaba y que prefería a la señora con la niña.

—Cómo se le ocurre decir eso, no ve que van a gastar más agua y más de todo.

Desde esa noche me tocó dormir en un colchón que sacaban debajo de la cama de mi hermana y que volvían a esconder por la mañana. Mi ropa la guardaba mamá en su habitación y mis juguetes en un cajón grande en el patio, tapados con una teja para que no se mojaran.

Un sábado sonó el teléfono; primero contestó mi hermana, y luego pasó mamá. Cuando colgó nos contó que Adolfo iba a alquilar mi pieza.

—¿Cuál Adolfo? —preguntó papá.

—El joven que vino el otro día —respondió mi hermana.

Adolfo se presentó la mañana siguiente, habló con mamá y pagó tres meses por adelantado. Mamá arrancó el cartel y lo arrojó a la basura. En el vidrio quedaron las cuatro puntas del cartel atrapadas bajo la cinta pegante.

“El joven Adolfo”, como le decía mamá, trajo una cama, un televisor, unas cajas, y le dio muchos billetes a mamá.

Con eso pagaron una parte de la matrícula de mi hermana; estaban muy felices porque ya era universitaria.

Papá jugaba billar todos los sábados; tenía un taco al que le arreglaba la virola y el casquillo durante la semana. Me sentaba con él en el patio, sacaba mis juguetes y jugaba a su lado. Estábamos aburridos porque desde que “el joven Adolfo” vivía en mi pieza, mi hermana y mi mamá se olvidaron de nosotros.

—¿Y qué hace el inquilino? —preguntó papá una noche mientras comíamos.

—Es poeta y trabaja de vendedor en un almacén de electrodomésticos.

—¿Poeta y vendedor de electrodomésticos...? ¿Y de dónde es?

—Creo que es de Medellín.

—No me gusta ni poquito.

—A ti nadie te gusta —dijo mamá y se fue a lavar los platos.

A la mañana siguiente estaba poniéndome el uniforme en el corredor del patio cuando sentí el olor de la arepa asándose en la parrilla y escuché el ruido del anillo de mi madre sonar contra el palito del molinillo. A mí me gusta desayunar arepa con queso y ver estirar el queso desde mi boca hasta que se revienta. Terminé de arreglarme rápido y corrí a desayunar. Mientras mamá servía el chocolate pasó Adolfo, cogió la arepa de mi plato y dijo:

—Doña Nena, le voy a robar esta arepita —y se la llevó.

Mamá no dijo nada. Tocó comer galletas de soda.

El día de la madre, después de la cena que mi hermana y papá prepararon, llegó Adolfo y le dio a mamá un sobre grande.

—Es mi regalo —dijo.

Mamá sacó del sobre una hoja de papel y leyó: “Antes que madre, mujer...” Dejó de leer y Adolfo le dio un beso en la mejilla.

—Es un poema que escribí para usted —dijo.

Papá se fue a fumar al patio. Mi hermana pidió a mamá que lo leyera. Mamá dijo que después y fue a guardarlo.

Otro día fui a hacer un mandado a la tienda y cuando pasé por el parque vi a Adolfo y a mi hermana. Él le cogía la mano y le hablaba al oído. Ella se reía y después, cuando venía de la tienda, vi que se besaban.

Por la noche, cuando mi hermana pisó mi colchón para subirse a su cama, le pregunté que si era novia de Adolfo. Me dijo que sí pero que no dijera nada, que era un secreto y que nadie podía saber. Me regaló un chocolate y dijo que teníamos un secreto de hermanos.

Mamá le dijo a mi hermana que dejara de hablar tanto por teléfono, porque de pronto alguien quería llamar a Adolfo. Y a papá le dijo que no se demorara tanto en el baño, que a lo mejor el joven Adolfo lo necesitaba. A las vecinas les hablaba todo el día de lo querido que era el joven Adolfo.

Yo iba a jugar fútbol los sábados a las canchas de los Álamos. Papá me dejaba y se marchaba con su taco a jugar billar.

Esa tarde me lesioné y me sacaron. Yo quería seguir jugando pero pusieron a otro. Antes de que se acabara el partido me fui para la casa. Cuando llegué no toqué; me quedé viendo desde el antejardín las puntas del cartel atrapadas en el vidrio de mi cuarto. Sentí un ruido y miré por el espacio de la cortina. Vi que mamá, casi

desnuda, saltaba sobre Adolfo como los jugadores cuando celebran un gol. Se reían y después no quise seguir mirando.

La noche de las velitas entré a buscar ropa al cuarto de mis padres y mi hermana estaba esculcando en el armario de mamá. Cuando estábamos encendiendo las velas llegó Adolfo y pusieron música. Adolfo las sacaba a bailar a las dos. Mi padre y yo estábamos elevando un globo, cuando oímos que mamá y mi hermana peleaban; se gritaron y mi hermana le dijo puta a mamá. Papá le pegó en la boca. Al otro día mi hermana se fue de la casa. Y por fin pude volver a dormir en una cama.

No sabíamos dónde estaba mi hermanita. Hasta que una noche llamó por teléfono y habló con papá. A la mañana siguiente papá empacó ropa y se fue a buscarla. Nunca regresó.

Mamá se puso a llorar, lloró muchos días. Después, sin decir nada, se fue de la casa. Ayer estuve buscando y no encuentro los tres tubos de salvavidas Charms que me quedaban.

Adolfo ha cambiado de lugar todos los muebles y ahora duerme en la pieza que era de mis padres. Esta mañana me ordenó que hiciera un cartel para poner en el vidrio de mi cuarto; quiere que diga: Se alquila pieza a persona sola.



José Zuleta Ortiz nació en Bogotá en 1960 pero vive en Cali desde 1974. Ha tenido una exitosa carrera literaria y en el 2009 recibió el premio nacional de literatura. Es director de la Revista de Poesía *Clave* www.revistadepoesiaclave.com y coordina el taller de escritura creativa Libertad Bajo Palabra, en siete cárceles de Colombia. En esta ocasión “Pepe” Zuleta nos entrega este cuento inédito para ser publicado en *Papel de colgadura*.